



Un viaje en el tiempo con el Retiro como escenario El sol empezaba a declinar y arrancaba sombras cada vez más difusas de los árboles deshojados del parque del Retiro. Manchas de nieve se diseminaban por las zonas de umbría. Sofía tenía que recogerse la falda con frecuencia para no ensuciarla con el barro del sendero. No le flaqueaban las piernas, pero su corazón estaba destrozado.

El llanto contenido había enrojecido sus ojos verdes y, aunque la tristeza parecía estrangularla, se obligaba a mantener el paso.

En las manos enguantadas portaba un ramito de crisantemos blancos y un periódico plegado. En su primera página, bajo la fecha del día, 28 de diciembre de 1907, resaltaba con grandes caracteres el principal titular: «Hallados en el Retiro los cadáveres de los siete niños secuestrados. El raptor se suicidó tras cometer sus crímenes».

Ese criminal, para quien el periódico no había ahorrado los calificativos más ignominiosos, se identificaba con las iniciales de E. I. D.

Sofía tenía la certeza de que aquellas iniciales se correspondían con el nombre de Ernesto Insausti Domínguez. Ya lo había recelado cuando Ernesto no acudió a su última cita. No había dudas, así como tampoco las abrigaba acerca de su inocencia. De ese modo lo había proclamado ante la policía, sin que nadie hubiese tomado en serio su declaración. El despecho irracional y fantasioso de una jovencita enamorada.

Tras bordear con cuidado un charco en el que brillaban como oro algunos átomos desprendidos del sol, Sofía levantó la mirada y por detrás de las ramas desnudas de los árboles vio las alas desplegadas del Ángel Caído. Entre la estatua de Lucifer y el punto donde ella se encontraba se arremolinaba un grupo de personas en torno a un policía uniformado. Se acercó a ellos. El grupo era variopinto y, aunque la mayor parte estaba constituido por gentes sencillas —hombres cubiertos con gorras y mujeres con pañuelos—, tampoco faltaban los señores de bastón y bombín y señoras con pieles y sombreros.

-Entre este árbol y ese -explicaba el policía, como si fuese un guía turístico-, han aparecido los cuerpos de los siete niños. Los asesinaron por la noche y los han encontrado los jardineros al amanecer.

El agente hizo una pausa, como para dar libertad a los comentarios de su público y, a continuación, prosiguió con sus explicaciones:

-El criminal se colgó de aquel otro árbol -y señaló un árbol apartado, que quedaba a espaldas de Sofía.

Esta se volvió y vio un trozo de soga pendiente de una rama gruesa. Seguramente había sido cortada por la policía, para descolgar el cuerpo del suicida. Se acercó hasta el árbol y depositó con ternura y congoja el ramo de flores. Nada más hacerlo, retrocedió un par de pasos con la vista clavada en los crisantemos.

-¡Señorita! -reconoció la voz del policía, que se dirigía a ella con tono recriminatorio-. Es aquí donde debe poner las flores. Las ha dejado donde murió el asesino.

Sofía permaneció impasible. Sabía muy bien dónde había dejado las flores. Pero su reacción, o su falta de ella, según se mire, no satisfizo al público congregado ante el lugar de los macabros hallazgos.

Los murmullos sordos de la concurrencia fueron cediendo ante las frases de indignación, que en pocos segundos se habían convertido en improperios e insultos estridentes. El guardia, contra sus propios impulsos, trató de imponer orden para proteger a una joven sumamente irritante.

Pero Sofía no los escuchaba. La tristeza que paralizaba sus sentidos no dejaba sitio para tanto alboroto. Solo anhelaba que aquellos crímenes nunca hubieran tenido lugar. Pensó que con gusto entregaría su propia vida a cambio de las que se habían arrebatado. En un momento, alzó la mirada y, a través del encaje tejido con las ramas desnudas de los árboles, vislumbró la figura del Ángel Caído con sus alas extendidas y su grito congelado. Durante un instante, clavó su mirada en aquella oscura estatua, pero enseguida la sobrepasó hasta el punto donde el crepúsculo se fundía con las tinieblas de la noche y el aire parecía plegarse en capas distintas y superpuestas. Le pareció que su espíritu volaba hacia un tiempo anterior al mal, a la caída de Lucifer. Una dimensión anterior al ser humano. pero impregnada de su esencia, un espacio intangible en el que, aunque invisibles, percibió los ojos de un ser amado, la mirada suplicante del Amor. Consideró que el Amor debería poder vencer al Mal.

Fue entonces cuando, sin apenas despegar los labios, expresó una súplica, un deseo.

-Devuelve la vida a estos inocentes.

Esas fueron las palabras que musitó, pero su anhelo expresaba muchos más pensamientos igual de irracionales: «Altera el destino, invierte los acontecimientos, cambia muerte por vida, convierte la realidad en posibilidad, transforma en ilusión la verdad, transmuta nuestras existencias, haz justicia, destroza el tiempo...».

Por fin había pasado el mal trago. Los pies de Sophie pisaban tierra firme, o algo parecido.

Le había costado conciliar el sueño la noche anterior, pensando en catástrofes aéreas reales o imaginarias.

No podía evitarlo. Sentía un miedo atroz a volar. Al final se había quedado dormida en el sofá, frente al televisor, en el que había estado viendo *Mary Poppins*. Le encantaba aquella película desde que era niña y la había visto la noche anterior a su primer viaje en avión, cuando fue a Londres con sus padres. La había vuelto a ver cuando viajó a Córcega con sus compañeros de clase. Sin quererlo, se había convertido en una superstición. Si veía la película, no pasaría nada en el vuelo. Eso sí, se fiaba mucho más del paraguas de Mary Poppins que de cualquier Boeing o Airbus.

Contando las idas y las vueltas, este había sido su quinto vuelo, y aún quedaba el de regreso. Al menos, aún disponía de más de una semana para mantenerse en tierra. En una tierra extranjera, por cierto, aunque apenas algunos detalles convertían al aeropuerto de Barajas en algo diferente del Charles de Gaulle de París, donde Sophie se había embarcado hacía poco más de dos horas. Incluso creía haber visto en el aeropuerto parisino la misma pantalla luminosa en la que ahora veía suce-

derse en distintos idiomas las felicitaciones navideñas y los deseos de un feliz año 2008. Sin embargo, hubo un detalle en la decoración minimalista de la sala de recogida de equipajes que llamó su atención de manera poderosa e insólita, dado su escaso interés por las obras de arte en general y por las esculturas, en particular. Se trataba de un anuncio turístico, en el que por toda información se leía la palabra «Madrid» impresa en letras blancas sobre un cielo limpio y azul, en el que se recortaba una estatua de bronce, que representaba a un joven bello y atlético, como, por otra parte, suelen ser los jóvenes en la mayoría de las esculturas. La fotografía únicamente mostraba un detalle de la obra que ocupaba poco más de la cabeza, con el cabello revuelto, volado hacia delante, como si el viento lo empujase por la espalda. Su boca, abierta de par en par, parecía gritar de desesperación. Un brazo se alzaba y se doblaba, para llevar la mano a la frente y protegerse de algo o alguien que lo amenazaba desde lo alto y que, sin duda, era lo que tanto espanto ponía en su rostro.

Como si atendiera a una llamada interior, imperceptible para los sentidos, la mirada de Sophie quedó clavada en aquella faz turbadora, mientras un escalofrío muy parecido al miedo recorría su espalda y obligaba a su mente a navegar en un mar de sensaciones inquietantes. Sophie sintió que un remolino de viento helado la envolvía de pies a cabeza, provocando un brusco descenso de la temperatura, mientras en su mente se proyectaban a gran velocidad imágenes inconexas e ininteligibles y su corazón se encogía anegado por la angustia y el terror.

Un leve codazo en el costado vino a devolverla a la realidad. Las turbadoras sensaciones se desvanecieron tan rápido como habían aparecido.

-¡Sophie! -era la voz de su madre-, que viene tu maleta.

En efecto, Sophie miró a la cinta transportadora y vio su maleta a punto de pasar de largo. Corrió hacia ella y logró rescatarla antes de que se perdiera entre el grupo de viajeros que luchaban por recuperar sus equipajes.

Sus padres ya habían cogido sus bultos, de modo que los tres se dirigieron hacia la salida. Nada más traspasar las puertas automáticas, vieron a la tía Solange, que les hacía señas desde el otro lado de la barrera.

-¡Victoire! ¡Raoul!

A continuación llegaron los besos. Después del saludo a su sobrina Sophie, la cogió por las manos y estiró cuanto pudo los brazos para contemplarla bien.

-¡Cómo has crecido! -exclamó-. ¡Estás como la torre Eiffel!

Todos los años lo mismo, desde que podía recordar. Cuando medía menos de metro y medio le parecía gracioso verse comparada con los más de trescientos de la torre parisina, pero con dieciséis años y ciento setenta y dos centímetros de estatura, la comparación le parecía, más que absurda, machacona.

Cuando salieron del recinto del aeropuerto a bordo del coche de la tía Solange, el paisaje que componían la autopista y los edificios de empresas multinacionales tampoco le pareció a Sophie muy distinto del que conocía

de las afueras de París. Únicamente las numerosas vallas publicitarias le demostraban que estaba en el extranjero. Ajena al monólogo de su tía, Sophie procuró distraerse intentando traducir los mensajes promocionales. Llevaba poco más de un año estudiando español, pero los juegos de palabras y la extraña redacción de los publicistas no le permitieron sacar mucho en claro.

Sin que se diese cuenta, el coche había penetrado en la ciudad plagada de adornos navideños y, muy pronto, la tía Solange metió el vehículo en un garaje particular de la calle de O'Donnell.

-¡Una bici! -exclamó alegre Sophie.

En efecto, al fondo de la misma plaza que ocupaba el coche se apoyaba en la pared una bicicleta de paseo.

-Sí -contestó la tía Solange-. Es del tío Paco, aunque no la usa mucho, la verdad. Puedes utilizarla, si quieres. Aquí al lado hay un parque precioso.

La inesperada perspectiva de montar en bicicleta ilusionó a Sophie, siempre tan independiente, ya que pensó que le permitiría pasear sola por Madrid y conocer los ambientes más juveniles y tal vez gente de su edad.

Subieron en ascensor hasta la casa de los tíos Solange y Paco, un piso enorme y lujoso.

La habitación que su tía le había reservado era amplia y confortable.

-¡Zape! –gritó la tía Solange, sin que Sophie pudiera explicarse la razón de la brusca exclamación–. ¡Fuera de aquí! *Hors d'ici!* 

Sophie comprendió cuando vio que un gato siamés se había colado en la habitación y se había encaramado a

la cama, desde donde, tumbado, miraba a la tía Solange, prevenido, pero sin visibles intenciones de obedecerla.

Sophie se acercó a la cama y tomó al gato entre sus brazos. El dócil felino se dejó coger y acariciar, mientras dedicaba una mirada complacida y triunfalista a la tía Solange.

-¡Es precioso! –exclamó Sophie–. ¡No puede quedarse?

-Si no te importa -admitió su tía-... Era de Lourdes y esta era su habitación, pero prefirió dejárnoslo cuando se casó.

-Me hará compañía -dijo Sophie, sentándose en la cama con el animal plácidamente acomodado sobre su regazo-. ;Cómo se llama?

-Roland. Y no hay manera de sacarle de esta habitación, pero, venga, cámbiate, que vamos a comer a un restaurante con el tío Paco.

Después abrió un armario vacío, para que Sophie instalara en él las cuatro cosas que había traído y abandonó la habitación.

Sophie era medianamente coqueta. Prestaba cierta atención a la moda sin dejarse esclavizar por ella y se sentía dueña de un estilo que ella misma había creado y cuyo rasgo principal era la combinación ecléctica de prendas más o menos clásicas, como el abrigo negro que había adquirido en una tienda *vintage* del Marais, con otras de mayor actualidad, como los *leggins* o los tejanos agujereados. Sin embargo no había llevado mucha ropa a Madrid y tampoco había contado con que fuese preciso cambiarse para comer.

Permaneció un momento sentada en la cama, acariciando a Roland. Luego se dirigió a la terraza y abrió la puerta. Una corriente de aire frío hizo revolotear los visillos

y Sophie salió al exterior, para disfrutar del clima que tanto alababa su tía. Ciertamente la temperatura era superior a la de París, pero tampoco le pareció tan cálida como decía su tía cuando iba a visitarlos. Claro que estaban en diciembre.

Desde la terraza se dominaba la calle de O'Donnell, extraño nombre para una calle española. Parecía más propio de una avenida de Dublín. Una mediana con arbolitos separaba las calzadas por las que circulaban coches en ambos sentidos. Los edificios parecían pertenecer a distintas épocas de construcción. Algunos, similares al de sus tíos, con terrazas y amplios ventanales; otros, más antiguos, con balcones y artísticas molduras y cornisas. Al fondo se divisaban los árboles de un parque.

Sophie volvió a la habitación e hizo caso a su tía. Se quitó el vaquero negro que llevaba y se puso otro azul con agujeros estratégicamente repartidos por ambas perneras.

Cuando se hubo mudado de atuendo, se encontró con su padre en el salón y poco rato después se les unió su madre, pero aún tuvieron que aguardar un buen rato a la tía Solange. A Sophie le sonaban las tripas de hambre y no entendía por qué en España había que comer tan tarde. Finalmente, apareció en el salón la tía Solange, que se había maquillado y cambiado de ropa, a pesar de que ya en el aeropuerto era la más elegante del grupo.

No tardaron mucho en llegar al restaurante, donde ya les aguardaba el tío Paco, un hombre afectuoso, pero serio y aburrido. Todo lo opuesto a lo que la tía Solange decía que eran los españoles.

Durante la comida, fue la tía Solange la que condujo la conversación. Le prometió a su hermana que la llevaría a conocer algunas tiendas interesantes y luego irían todos juntos a un concierto de música clásica. Sophie se mostró interesada, ya que la música era una de sus principales aficiones. Llevaba muchos años estudiando guitarra y le fascinaba la música de Joaquín Rodrigo, Francisco Tárrega o Isaac Albéniz, tanto que fue la música la que la empujó a estudiar español.

Regresaron a casa andando. El cielo se estaba nublando cuando pasaron frente a un gran parque. Estaban en la esquina de O'Donnell con Menéndez Pelayo. Una alta verja de barrotes de hierro negro rematados por puntas de lanza doradas bordeaba el jardín y se perdía en la lejanía por ambas calles.

-¿Este es el parque que nos dijiste antes? -preguntó Sophie a su tía.

-Sí, es el Retiro. Un día de estos vendremos a verlo.

Durante la comida, Sophie había acariciado la idea de acostarse en la cama al volver a casa, pero al ver la gran extensión arbolada, que parecía no tener fin, había cambiado de planes.

-Tío Paco, ¿me dejas tu bicicleta?

El tío Paco asintió encogiéndose de hombros.

-¿No quieres venir de compras? -le preguntó su madre.

-Prefiero hacer algo de ejercicio -le contestó.

Luego, dirigiéndose a su tía, mientras el sol se ocultaba tras un negro nubarrón y una ráfaga de viento helado hacía que Solange se subiera el cuello de su abrigo de visón, añadió:

-Además quiero disfrutar del cálido clima español.